

Año: IX, Mayo 1968 No. 174

Causas de Guerras

Fernando Benegas Lynch

No hay investigación más útil que la de los efectos comparados de libertad y de la restricción sobre la política exterior de los pueblos y sobre la paz del mundo. Bastiat

La economía de mercado implica cooperación pacífica. Se destruye por completo cuando los ciudadanos se convierten en guerreros, en lugar de cambiar bienes servicios, luchan entre sí. Von Mises

Desde el principio, los hombres tuvieron medios escasos para satisfacer sus necesidades. Aunque inicialmente los recursos naturales abundaron en relación con los sencillos usos para los que se les requería, el tiempo y el trabajo humano siempre escasearon.

La escasez implica deseos insatisfechos y necesidad de esfuerzo. La satisfacción de las necesidades en el menor tiempo y con el menor esfuerzo es y siempre fue el propósito de la acción de cada individuo.

Desde el principio, han existido dos clases de individuos: aquellos dispuestos a vivir del producto de su propio trabajo actual o del anterior acumulado en forma de ahorro y otros que pretenden vivir del esfuerzo de los primeros. Una es la clase de los que trabajan y producen y otra, la de los parásitos.

Sólo hay dos caminos para que un individuo pueda aprovechar el producto del trabajo ajeno: 1) el del intercambio voluntario y 2) el saqueo violento o fraudulento.

La existencia de individuos deseosos de vivir a costa de los demás, empleando el segundo de los caminos mencionados, ha sido, es y será la causa de conflictos entre los hombres. Ése es «el problema» de la coexistencia humana. En todos los tiempos los productores han debido gastar parte de sus energías en luchar contra los saqueadores.

Productores y parásitos por igual, procuran mejorar de situación. En ese sentido, los individuos de ambas categorías son idénticos. Pero algo muy significativo los distingue: los productores vivirían muchísimo mejor si no existieran los parásitos; por el contrario, estos últimos no podrían vivir sin convertirse en productores.

Tal diferencia origina dos ideologías políticas distintas. Aquellos que confían en el propio esfuerzo y quieren vivir del propio trabajo, están por un gobierno exclusivamente dedicado a prevenir, juzgar y castigar el saqueo, sin interferir las fuerzas creadoras; es decir, un organismo limitado a la protección de la libertad y la propiedad individuales. Los que pretenden vivir del trabajo ajeno propician un sistema que quita a los individuos el control de los medios y resultados de la producción mediante la prepotencia de las decisiones gubernamentales.

La clase productiva usa la fuerza con carácter defensivo para eliminar a las fuerzas agresivas. La parasitaria, la emplea para someter las fuerzas productivas.

Según el punto de vista de los individuos creadores, los gobiernos son necesarios, principalmente porque existen parásitos. La opinión opuesta, en cambio, sostiene que los gobiernos son necesarios para legalizar el despojo. Los primeros quieren un policía frente a sus casas para proteger sus familias, sus propiedades y su trabajo creador. Los otros quieren policía para entrar a los hogares ajenos y apoderarse de los frutos del trabajo de los demás.

El saqueo, única causa de la violencia

La única causa de violencia entre los individuos es entonces el saqueo o la tendencia a practicarlo.

Si ésta es la causa de la lucha entre individuos, también lo es de las guerras internacionales. Siempre que los rapaces obtienen el poder en alguna nación, la policía (la autoridad) de ésta tiende a ser agresiva contra otras naciones, de igual manera en que los individuos pueden serlo contra otros.

Los individuos pacíficos recurren al comercio, o sea al intercambio voluntario de bienes y servicios. Los violentos procuran forzar a otros a hacer lo que ellos quieren. La misma descripción es aplicable a los gobiernos. Tanto en el caso de los individuos como en el de los gobiernos de la segunda categoría, el resultado es conflicto violento.

Aún durante la época en que los grupos humanos constituían pequeñas tribus, las guerras entre ellos eran consecuencia del liderazgo. En aquellos tiempos y en otros más próximos a los nuestros, la rapacidad correspondía casi exclusivamente a los que detentaban el poder; hasta a sus propios súbditos esquilmanaban. En nuestros días, también la rapacidad de algunos gobernantes se manifiesta por medio de procedimientos «democráticos». Los violentos procuran satisfacer sus necesidades y deseos, imponiendo a otros, mediante la fuerza, la obligación de satisfacerlos. El efecto es el mismo ahora que en la antigüedad: guerra. Sólo hay diferencia en los métodos. Los actuales gobernantes «democráticos» declaran que obedecen a la «voluntad mayoritaria» cuando impiden el funcionamiento del mercado, es decir, el intercambio voluntario de bienes y servicios. Con ello perjudican a productores y consumidores, tanto nacionales como extranjeros. Los conflictos artificiales de intereses creados por ideologías basadas en gran medida en las supuestas tendencias rapaces de las masas, únicamente pueden conducir a los pueblos a la guerra.

Es, pues, correcto decir que todas las guerras, las antiguas como las modernas, responden a la misma causa: las tendencias de algunos individuos dispuestos a vivir del esfuerzo ajeno mediante el fraude o la violencia.

No obstante, existen diferencias entre las guerras antiguas y las modernas. Quizás la más importante consista en que las antiguas no eran tan sangrientas como las actuales. Podrían atribuirse diversas causas a tal hecho. Me referiré a la que considero si no única, por lo menos de mayor relevancia. Los parásitos, los déspotas o sus representantes, hasta para hacer guerras, necesitan de la capacidad creadora de los productores. Sus medios, como

sus fines, no pueden ser otra cosa que el pillaje. También las armas deben ser hechas por los individuos productivos. Mientras éstos fueron capaces de producir nada más que arcos y flechas, cada golpe mataba un solo enemigo. Cuando la técnica, impulsada por la acción de los productores, permitió crear poderosos medios de destrucción, las bajas se hicieron más numerosas. En tanto que el triunfo dependió principalmente de la habilidad de los que combatían, se mataron únicamente soldados; ahora que la victoria depende casi exclusivamente de la capacidad de todo el pueblo para producir más y mejores equipos guerreros, también se mata a los no combatientes.

Los déspotas guerreros de otras épocas no fueron ni peores ni mejores que los nuestros. Fueron tan sanguinarios como pudieron, de acuerdo con el nivel de producción de sus tiempos. Si ahora es mayor el porcentaje de bajas, ello no obedece a que nuestros déspotas sean más poderosos o crueles, sino a que la técnica y la producción son más eficaces. Los antiguos empleaban los medios más aptos a su alcance.

Mientras uno o varios países continúen gobernados por la ideología según la cual algunos individuos deben producir y otros gastar sin haber producido, no habrá paz. Ninguna diferencia hace la estructura política de esas naciones que bien pueden ser «democracias». Siempre ha sido y siempre será así.

La paz internacional sólo puede ser duradera si los gobiernos usan la fuerza exclusivamente para impedir, procesar y castigar el parasitismo rapaz en todas sus formas. En otras palabras, se hará estable la paz cuando todos los gobiernos lleguen a ser custodios de las fuerzas creadoras individuales en lugar de ser como ahora, instrumentos del pillaje.

Desde el principio, han existido dos clases de individuos: aquellos dispuestos a vivir del producto de su propio trabajo actual o del anterior acumulado en forma de ahorro, y otros que pretenden vivir del esfuerzo de los primeros. Una es la clase de los que trabajan y producen y otra, la de los parásitos.
Fernando Benegas Lynch